

Se censuró con bromas al cura de Santa Genoveva por lo edificante de la caja.

— ¿De qué os quejáis? replicó: ¿no ha muerto ya?

Al día siguiente Mad. Dubarry recibió en Rueil una carta en que se la desterraba.

Sofía Arnould supo á un mismo tiempo la muerte del rey y el destierro de Mad. Dubarry, y dijo:

— ¡Ay! ¡henos aquí huérfanos de padre y madre!

Esta fué la única oración fúnebre que se pronunció sobre la tumba del nieto de Luis XIV.

LA MUJER DEL COLLAR DE TERCIOPELO

I

El arsenal

El 4 de diciembre de 1846, estando anclado mi buque desde la vispera en la bahía de Túnez, me desperté á cosa de las cinco de la madrugada con una impresión de profunda melancolía, de las que hacen que por todo el día tengá uno húmedos los ojos y oprimido el corazón.

La causa de esta impresión melancólica era un sueño.

Me bajé de mi catre, me puse un pantalón, subí al puente, y extendí mis miradas sobre cuantos objetos rodeaban al buque.

Esperaba que el maravilloso paisaje que se desarrollaba ante mi vista, me distraería de la dichosa idea del sueño; idea tanto más obstinada, cuanto menos real era la causa que la había producido.

Tenia delante de mí, como á un tiro de fusil, el muelle que se extendía desde el fuerte de la Goleta hasta el del

Arsenal, dejando un pasaje muy estrecho á las embarcaciones para pasar del golfo al lago. Este lago de olas tan azules como el azul del cielo que en ellas se reflejaba, estaba muy agitado en algunos puntos, á causa de una multitud de cisnes que en ellos batían sus alas, mientras que en algunas estacas, plantadas de trecho en trecho para señalar los bajos, estaba inmóvil, como las aves que se esculpen sobre los sepulcros, un cuervo marino, que de vez en cuando se dejaba caer de repente como una piedra, hundiéndose para atrapar su presa; y volviendo á la superficie del agua con un pescado atravesado en el pico, se volvía á colocar en la estaca y á su taciturna inmovilidad, hasta que pasaba á su alcance algún otro pescado, que estimulando su apetito y venciendo su pereza, le hacía desaparecer de nuevo, para volver otra vez á su punto de descanso.

Y entre tanto, de cinco en cinco minutos se veía rasgado el aire en línea recta por una hilera de fenicópteros, cuyas alas purpurinas se destacaban del blanco mate de su plumaje en tal forma, que aquellas bandadas de aves parecían una gran colección de ases de oro volando en una sola dirección.

En el horizonte se veía á Túnez, es decir, una multitud de casas anchas sin balcones ni ventanas, que acababan en forma de anfiteatro, blancas como la tiza, y destacándose del cielo con extraordinaria limpieza. Á la izquierda se levantaban, como una gran muralla almenada, las montañas de Plomo, nombre indicado por su color sombrío; á sus pies andaban los morabitos ó ermitaños árabes, y se veía la aldea de Sidi Fathallah; á la derecha se distinguía la tumba de San Luis y el sitio en que estuvo Cartago; dos recuerdos de los mayores que hay en la historia del mundo. Á nuestra espalda se mecía anclada la *Motexuma*, magnífica fragata de vapor, de fuerza de cuatrocientos cincuenta caballos.

Ciertamente que la imaginación más preocupada tenía allí materia larga para distraerse. Á la vista de todas aquellas riquezas, cualquiera se hubiera olvidado del día de hoy, del de ayer y del de mañana. Pero mi pensamiento se hallaba fijo en diez años más atrás: se hallaba fijo obstinadamente en una sola idea que un sueño había clavado en mi espíritu.

Mi vista se quedó fija en un punto, y todo aquel espléndido panorama se fué borrando poco á poco en la vaguedad de mi mirada: un momento después me quedé sin ver lo que existía á mi alrededor; desapareció la realidad, y en medio de aquel vacío nebuloso, apareció como evocado por la vara mágica de una hada, un salón de blancos artesones, en cuyo fondo, sentada delante de un piano por el que erraban negligentemente sus dedos, estaba una mujer inspirada y pensativa á la par; una musa y una santa. Reconocí á aquella mujer, y murmuré lo mismo que si hubiera podido oírme:

— Yo os saludo, María, llena de gracias; mi espíritu está con vos.

Luego, sin tratar de resistir á aquel ángel de blancas alas, alas que me recordaba los días de mi juventud y ponía ante mis ojos como una visión encantadora, el pudoroso rostro de aquella soltera, casada y madre, me dejé llevar de la corriente de ese río que llamamos memoria y que siempre se remonta á lo pasado en lugar de descender á lo futuro.

Entonces se apoderó de mí el sentimiento tan egoísta y por consiguiente tan natural al hombre, que le obliga á no guardar un pensamiento para sí solo, y que le pone en el caso de duplicar la extensión de sus sensaciones comunicándolas; sentimiento, finalmente, que nos hace derramar en otra alma el licor dulce ó amargo que llena la nuestra.

Tomé una pluma y escribí lo siguiente.

« Á bordo del *Veloz*, delante de Cartago y de Túnez, 4 de diciembre de 1846.

» Señora : Al abrir una carta fechada en Cartago ó en Túnez os preguntaréis quizás quién es quien puede escribiros desde tales puntos, y esperaréis recibir algún manuscrito autógrafo de Régulo ó de Luis IX. ¡ Ay ! señora, el que desde tan lejos pone sus humildes recuerdos á vuestros pies, ni es un héroe, ni un santo, y si alguna vez ha tenido alguna semejanza con el obispo de Hipona, cuya tumba visitaba hace tres días, sólo puede ser aplicable la semejanza en la primera parte de la vida de un hombre tan extraordinario. Verdad es que puede, como él, rescatar la primera parte de su vida con la segunda ; pero es ya muy tarde para hacer penitencia, y es muy probable que muera como ha vivido, sin atreverse ni aun á dejar como obra póstuma sus confesiones, porque si bien puede hacerlas y referirlas, apenas habrá quien se determine á leerlas.

» Ya os habréis apresurado á ver la firma, ¿ no es verdad, señora ? para saber quién es el que os habla ; de suerte que en este momento os preguntais cómo entre el lago magnífico, sepulcro de una ciudad, y el mezquino monumento, sepulcro de un rey, ha podido pensar en escribiros el autor del *Monte-Cristo* y de los *Mosqueteros*, cuando hallándose en París, á la puerta de vuestra casa, deja pasar á veces un año entero sin iros á ver.

» Empecemos, señora, por decir que París es París, ó lo que es lo mismo, una especie de torbellino en que se pierde la memoria de todas las cosas, con el ruido que hace la gente al correr y la tierra al dar vueltas. En París hago lo que hace la gente, y lo que hace la tierra : corro y doy vueltas, sin contar con que cuando no corro ni doy vueltas, escribo. Pero entonces es otra cosa, señora ; pues cuando escribo no estoy tan lejos de vos, como pensáis, porque sois una de las pocas personas

para quienes escribo, y es muy rara la vez en que no digo al acabar un capítulo que me gusta, ó un libro que me ha salido bien : « María Nodier, esa joven de tan raro y agradable talento, leerá esto. » — Y me pongo tan orgulloso, porque espero que cuando leáis lo que acabo de escribir, creceré todavía algunas líneas más en la idea que vuestro pensamiento ha formado de mí.

» Y esto, señora, es tan cierto, por venir al asunto de esta carta, que esta noche he soñado, no me atrevo á decir con vos, pero sí en vos, sin acordarme de la marejada que balanceaba un gran buque de vapor que me ha prestado el gobierno, y en el que doy hospitalidad á uno de vuestros amigos y á uno de vuestros admiradores, y á Boulanger y á mi hijo, sin contar á Giraud, Maquet, Chancel y Desbarolles, que son simples conocidos vuestros ; decía, pues, señora, que esto era tan cierto, que me he quedado dormido sin pensar en nada, y como casi puedo decir que estoy en el país de las *Mil y una noches*, un genio ha venido á visitarme, y me ha dado un sueño cuya reina habéis sido.

» El sitio á que este sueño me condujo, ó más bien dicho, me volvió á llevar, era mucho mejor que un palacio y aun mucho mejor que un reino ; porque era la buena y excelente casa del Arsenal, en los tiempos de su alegría y de su dicha, cuando nuestro queridísimo Carlos hacía sus honores con toda la franqueza hospitalaria de los antiguos, y nuestra muy respetada María con toda la gracia de la hospitalidad moderna.

» ¡ Ah ! creedlo ! señora ! al escribir estas líneas no he podido menos de lanzar un grandísimo suspiro : aquella época fué muy venturosa para mí : vuestro seductor talento se comunicaba á todo el mundo y, aun me atrevo á decirlo, yo era el que más disfrutaba de él. Ya veis que es un sentimiento egoísta el que me hace escribiros hoy. Yo participaba de vuestra adorable alegría,

como el guijarro del poeta Saadi participaba del perfume de la rosa.

» ¿ Os acordáis del vestido de arquero que tenía Paul ? ¿ os acordáis de los zapatos amarillos de Francisca Michel ? ¿ os acordáis de mi hijo vestido de desembarcador ? ¿ os acordáis de la hondonada en que estaba el piano en que cantabais aquella maravillosa melodía llamada *Lazzara* que me tenéis prometida, y que, sin que esto sea queja, nunca me habéis dado ?

» ¡ Oh ! supuesto que están evocados vuestros recuerdos, vamos un poco más lejos : ¿ os acordáis de Fontaney y de Alfredo Johannot, dos rostros encapotados, que siempre se quedaban tristes mientras nosotros reíamos, porque en los hombres que han de morir jóvenes hay un vago presentimiento de la tumba ? ¿ os acordáis de Taylor que se quedaba sentado en un rincón, inmóvil, mudo y pensando en qué nuevo viaje podría enriquecer á la Francia con algún cuadro español, algún bajo relieve griego ó algún obelisco egipcio ? ¿ os acordáis de Vigny que en aquella época dudaba quizás de su transfiguración, y todavía tenía la bondad de mezclarse con los demás hombres ? ¿ os acordáis de Lamartine, en pie delante de la chimenea, dejando rodar hasta vuestros pies la armonía de sus hermosos versos ? ¿ os acordáis de Victor Hugo mirándolo y escuchándolo como Eteocles debía mirar y escuchar á Polinice, único que entre nosotros tenía la sonrisa de la igualdad en los labios, mientras que Mad. Hugo acariciando sus hermosos cabellos, estaba medio recostada en su canapé y como fatigada con la parte de gloria que le corresponde ?

» Y en medio de todos ellos veíamos también á vuestra madre, tan sencilla, tan buena, tan amable ; á vuestra tía Mad. de Tercy, tan graciosa y benévola ; á Dauzats, tan fantástico, tan hablador, tan verboso ; á Barye, tan aislado en medio del tumulto, que no parece sino que

su cuerpo envía á su pensamiento para que busque una de las siete maravillas del mundo ; á Boulanger, hoy tan melancólico, mañana tan alegre, siempre tan excelente pintor, siempre tan buen poeta, siempre tan buen amigo, así en su alegría como en su tristeza ; y en fin, á esa niña que circulaba por entre los pintores, los músicos, los grandes hombres, las personas de talento y los sabios. Esa niña que tomaba yo con el hueco de mi mano y que os presentaba como si os presentara una estatua pequeña hecha por Barre ó por Pradier. ¡ Oh ! Dios mío ! Dios mío ! ¿ Qué ha sido de todo esto, señora ?

» El Señor ha soplado sobre la cúspide de la bóveda y el edificio mágico se ha hundido, y los que lo poblaban han salido huyendo, y todo está desierto en aquel mismo sitio en que estaba todo vivo, dilatado, floreciente.

» Fontaney y Alfredo Johannot han muerto, Taylor ha renunciado á los viajes, de Vigni se ha hecho invisible, Lamartine es diputado, Hugo par de Francia, y Boulanger, mi hijo y yo, estamos en Cartago desde donde os veo, señora, lanzando un suspiro, tan grande como aquel de que acabo de hablaros, y que, á pesar del viento que se lleva como una nube el humo moribundo de nuestro buque, no se apoderará jamás de estos recuerdos tan queridos, que el tiempo con sus alas sombrías arrastra silenciosamente por la bruma pardusca de lo pasado.

» ¡ Oh primavera ! ¡ juventud del año !

» ¡ Juventud ! ¡ primavera de la vida !

» Y ahora, ahora están separados todos aquellos seres que he vuelto á ver en sueños, ha desaparecido aquella noche tan brillante, tan visible ; pero al mismo tiempo, ¡ ay ! tan impalpable como los átomos que se agitan al través de un rayo de sol, infiltrado en una habitación sombría por una puerta entreabierta.

» Y ya, señora, no os admiraréis de ver esta carta,

¿no es verdad? Lo presente zozobraría sin cesar á no hallarse equilibrado por el peso de la esperanza y el contrapeso de los recuerdos, y desgraciada ó afortunadamente quizás, soy de aquellos en quienes los recuerdos tienen más fuerza que las esperanzas.

» Ahora, hablemos de otra cosa; porque es permitido el estar triste; pero no el entristecer á los demás con la tristeza propia. ¿Qué hace mi amigo Bonifacio? — ¡ Ah! ocho ó diez días hace que visité una ciudad que le valdrá muchos castigos, cuando halle su nombre en el libro de ese pícaro usurero á quien llaman Salustio. La tal ciudad es Constantina, la antigua Cyrta, maravilla edificada en lo alto de una roca, sin duda por una raza de animales fantásticos con alas de águila y manos de hombre, como los que vieron Heródoto y Levailant, esos dos grandes viajeros.

» Luego hemos pasado un poco de tiempo en Utica y mucho en Byzerta. Giraud ha retratado en esta ciudad á un notario, y Boulanger á un oficial mayor. Os envío, señora, estos retratos para que podáis compararlos con los notarios y sus oficiales mayores de París. Dudo que se declare la ventaja por los últimos.

» Me he caído al agua, yendo á caza de fenicópteros y cisnes, suceso que en el Sena, helado probablemente á estas horas, hubiera podido tener muy malas consecuencias; pero que en el lago de Catón no ha producido más resultado que hacerme tomar un baño estando vestido, y eso con gran admiración de Alejandro y de Giraud y del gobernador de la ciudad, quienes seguían con la vista, desde lo alto de un terrado, nuestra barca, y no podían comprender un acontecimiento que atribuían á un acto puramente caprichoso y que no era otra cosa que la pérdida de mi centro de gravedad.

» Salí de este mal paso como los cuervos marinos que he visto desde el buque: como ellos he desaparecido, y

como ellos he vuelto á la superficie, sólo que al volver no traía, como ellos, un pez atravesado en el pico.

» Cinco minutos después no pensaba ya en el asunto, y estaba tan seco como Mr. Valery; tanta complacencia ha empleado el sol en acariciarme.

» ¡ Oh! quisiera, señora, llevar adonde quiera que estéis un rayo de tan hermoso sol, aun cuando no sirviese más que para abrir en vuestra ventana un ramo de vellosilla.

» Adiós, señora; perdonadme que os haya escrito una carta tan larga; no estoy acostumbrado á hacerlo, y como el niño que se defendía porque le decían que había hecho el mundo, os prometo que no lo haré más; pero también, decidme: ¿por qué el portero del cielo ha dejado abierta la puerta de marfil por donde salen los sueños dorados?

» Tened á bien, señora, aceptar el homenaje de mis más respetuosos sentimientos.

» ALEJANDRO DUMAS.

» Un buen apretón de manos á Julio. »

Ahora bien; ¿con qué motivo copio aquí una carta escrita con tanta intimidad? Lo hago, porque, para contar á mis lectores la historia de la mujer del Collar de terciopelo, tenía necesidad de abrirles la puerta de la casa del Arsenal, es decir, de la casa en que vivía Carlos Nodier.

Y ahora que esa puerta se halla abierta por mano de su hija, y que por consiguiente estamos seguros de ser bien recibidos, « quien me ame que me siga ».

II

El Arsenal

En uno de los extremos de París, más abajo del muelle de los Celestinos, pegado á la calle de Morlaud y dominando el río, se levanta un gran edificio sombrío y triste de aspecto, llamado el Arsenal.

Una parte del terreno por el cual se extiende tan pesada fábrica se llamaba, antes que se abriesen los fosos de la ciudad, le Champ-au-Plâtre (1). París, un día en que se preparaba para la guerra, compró el campo é hizo construir trojes para colocar en ellos la artillería: por los años de 1533, observó Francisco I que le faltaban cañones y le ocurrió la idea de mandarlos fundir. Tomó á la ciudad, en cualidad de préstamo, una de aquellas trojes, prometiéndoles, por supuesto, el devolvérsela así que hubiera dejado de hacerle falta; luego, con pretexto de acelerar el trabajo, le tomó otra y después otra, siempre con la misma promesa, y en fin, en virtud del antiguo proverbio que dice: quien guarda halla, se guardó sin más rodeos las tres trojes que había tomado prestadas.

Veinte años después se prendió fuego á veinte mil libras de pólvora que estaban allí encerradas: la explosión fué terrible; París tembló como tiembla Catania los días en que se mueve Encélado. Hubo piedras que fueron á parar hasta el final del barrio de San Marcelo, y el

(1) El campo de yeso.

ruido de aquel trueno tan formidable hizo estremecer á Melusa. Las casas inmediatas vacilaron por un momento, como si estuviesen borrachas, y luego se quedaron rendidas... Los peces murieron en el río sorprendidos con tan inesperada conmoción; y finalmente, treinta personas, arrebatadas por el flamigero huracán, cayeron hechas pedazos, y ciento cincuenta quedaron heridas. ¿De dónde procedía un suceso tan siniestro? ¿Cuál era la causa de aquella desgracia? Nunca se supo; y como nunca se supo, se atribuyó á los protestantes.

Carlos IX mandó reconstruir por un plan más vasto las fábricas destruidas. Carlos IX era un constructor en toda la extensión de la palabra: hacía esculpir el Louvre y que tallase la fuente de los Inocentes Juan Gujón, quien como sabe todo el mundo fué muerto en aquel sitio por una bala perdida. Ciertamente que lo hubiera acabado todo aquel artista y poeta, si Dios, que tenía que pedirle ciertas cuentas acerca del día 24 de octubre de 1572, no lo hubiera llamado á su presencia.

Sus sucesores emprendieron las construcciones en el estado en que éste las había dejado, y las continuaron. Enrique III hizo esculpir en 1584 la puerta que daba frente al muelle de los Celestinos: tenía columnas á los lados hechas en forma de cañones, y sobre la mesa de mármol, que la dominaba, se leía este distico de Nicolás Borbón, que Santeuil quería que se comprase á precio del patíbulo:

*OEtna hæc Henrico vulcania tela ministrat,
Tela gigantes debellatura furores.*

Lo cual quiere decir:

« El Etna da á Enrique estos rayos para anonadar el furor de los gigantes. »

Y en efecto, después de haber anonadado á los gigan-

tes de la Liga, Enrique plantó en aquel mismo sitio el hermoso jardín que se halla trazado en los mapas del tiempo de Luis XIII, mientras que Sully ponía allí su ministerio y mandaba pintar y dorar los hermosos salones que aun hoy forman la biblioteca del Arsenal.

Carlos Nodier fué nombrado en 1823 director de esta biblioteca, y dejó la calle de Choiseul, en donde vivía, para trasladarse á su nueva habitación.

Nodier era un hombre muy apreciable y sin vicio; pero lleno de defectos, de esos defectos agradables que constituyen la originalidad del hombre de genio: era un pródigo, indiferente y vago; vago como Figaro era perezoso, hallando mil delicias en serlo.

Nodier sabía poco más ó menos todo lo que le era posible saber, y además tenía el privilegio concedido á todos los genios: cuando no sabía una ciencia la inventaba, y lo que inventaba tenía otra originalidad, otro colorido, otro género de probabilidad que lo que ya existía realmente.

Tenía además mil sistemas y se entusiasmaba con las mil paradojas que había inventado; pero no era de modo alguno propagandista: Nodier era paradójico para sí mismo; Nodier inventaba sistemas para sí mismo, y si se hubieran adoptado sus sistemas ó reconocido sus paradojas, las hubiera cambiado y en seguida se hubiera puesto á inventar otras.

Nodier era el hombre de Terencio; aquel á quien no era extraño nada que tuviese que ver con la humanidad. Amaba por el solo placer de amar; amaba como el sol brilla, como el río murmura, como la flor perfuma: todo lo bueno, todo lo bello, todo lo grande, excitaba sus simpatías; aun en lo malo hallaba lo que había bueno, como el químico saca de la planta venenosa, del seno mismo del veneno, un remedio saludable.

¿Cuántas veces había amado Nodier? Cosa es esta que

él mismo no hubiera podido contestar; como era gran poeta, confundía muchas veces las ilusiones con las realidades. Nodier había acariciado con tanto amor los caprichos y fantasías de su imaginación, que había concluido por creer en su existencia. Para él, Teresa Aubert, Inés de las Sierras, todas las protagonistas de sus obras habían existido: eran hijas suyas, como María; eran hermanas de María: Mad. Nodier era la única que no había entrado para nada en sus creaciones: Nodier, imitando á Júpiter, había sacado todas aquellas Minervas de su cabeza.

Pero no eran sólo criaturas humanas; no eran sólo hijos de Adán y Eva los que animaba Nodier con su soplo creador: había inventado también un animal, lo había bautizado y después, por su propia autoridad y sin cuidarse de lo que Dios podía decir, le había dotado de vida eterna.

Este animal era el Taratantaleo.

Vosotros no conocéis el Taratantaleo, ¿no es verdad? Pues ni yo tampoco; pero Nodier lo conocía, y se lo sabía de memoria. Os contaba sus costumbres, sus hábitos y sus caprichos, y aun hubiera contado sus amores, si no lo hubiera condenado al celibato desde el momento en que observó que tenía en sí el elemento de la vida eterna, pues comprendió que donde existe la resurrección, la reproducción es completamente inútil.

¿Cómo había logrado Nodier descubrir el Taratantaleo?

Voy á deciroslo:

Nodier estudiaba á los diez y ocho años la historia natural de los insectos. La vida de este escritor tuvo seis fases diferentes.

Primero hizo en historia natural, la *Biblioteca entomológica*.

Después en lingüística, el *Diccionario de las onomatopéyas*.

29992

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

Después en política, la obra titulada *Napoleone*.

Después en filosofía religiosa, las *Meditaciones del claustro*.

Después en poesía, *los Ensayos juveniles de un Bardo*.

Después en novelas, *Juan Sbogar, Smarra, Trilby, el pintor de Salzbourg, la señorita de Marson, Adela, el vampiro, el sueño de oro, los recuerdos de la juventud, el rey de Bohemia y sus siete castillos, los caprichos del doctor Néofoba*, y mil otras cosas lindísimas que vosotros conocéis y yo también; pero de cuyos nombres no me acuerdo ahora.

Nodier estaba, pues, en la primera faz de sus trabajos; pensaba en la entomología; vivía en un sexto piso; un piso más alto que donde vive el poeta Beranger. Hacía experimentos con el microscopio sobre los insectos infinitamente pequeños, y había descubierto mucho antes que Raspail un mundo de animalillos invisibles. Un día, después de haber sometido á examen el agua, el vino, el vinagre, el trigo, el pan, todós los objetos en fin sobre los cuales se hacen continuos experimentos, tomó un poco de arena mojada y colocándola en la caja de su microscopio, aplicó el ojo al cristal.

Entonces vió que se movía un animal extraño que tenía la forma de un velocípedo; armado con dos ruedas que agitaba rápidamente. Si tenía que atravesar un río le servían las ruedas como si fueran las paletas de las de los buques de vapor; y si tenía que pasar por un terreno seco, le servían las ruedas como si fueran las de un cabriolé. Nodier lo miró, lo midió, lo dibujó y lo analizó por tan largo espacio de tiempo, que recordó después de repente que se le había olvidado una cita, y se marchó dejando allí su microscopio, sus granos de arena y su Tarantaleo, para quien aquellos granos eran el mundo.

Cuando volvió Nodier era ya tarde; estaba fatigado, se acostó y durmió como se duerme á los diez y ocho años.

Así es que hasta la mañana siguiente y al tiempo de abrir los ojos, no pudo acordarse de sus granos de arena, su microscopio y su tarantaleo.

¡Ay! la arena se había secado durante la noche, y el pobre Tarantaleo, que sin duda necesitaba de la humedad para vivir, se había muerto en aquel intervalo. Su cadáver estaba tendido de costado y sus ruedas permanecían inmóviles: el buque de vapor no andaba ya: el velocípedo se había parado.

Pero muerto y todo como estaba, no dejaba por eso de ser un curiosísimo insecto, y su cadáver merecía ser conservado como el de un mastodonte ó el de un mah-mouth, sólo que era menester tomar, como se comprende muy bien, mucho mayores precauciones para manejar un animal infinitamente más pequeño que un arador, que las que son necesarias para trasladar de un punto á otro á un animal diez veces mayor que un elefante.

Así es que Nodier se valió de las barbas de una pluma para trasladar sus granitos de arena de la caja del microscopio á una cajita de cartón destinada á ser el sepulcro del Tarantaleo.

Se propuso enseñar aquel cadáver al primer sabio que se aventurase á subir los seis tramos de escalera de su sexto piso.

Se piensa en tantas cosas cuando uno tiene diez y ocho años, que puede darse por cosa permitida la de echar en el olvido el cadáver de un insecto. Nodier no se volvió á acordar en diez meses, ó tal vez en un año, del cadáver de su Tarantaleo.

Pero un día se le vino la cajita á las manos, y quiso saber qué cambio habría producido aquel año en el estado de su animal. El día estaba muy nublado, y á la sazón caía un fuertísimo aguacero: para verlo mejor, acercó el microscopio á la ventana, y vació en su caja todo lo que contenía la cajita.

El cadáver permanecía inmóvil y acostado en el grano de arena; sólo que el tiempo, que tanto tiene que hacer con los colosos, había dejado también en el olvido aquel cuerpo tan infinitamente pequeño.

Nodier examinaba, como digo, su insecto, cuando una gota de agua, impelida por el viento, cayó dentro de la caja del microscopio y humedeció la arena.

Entonces le pareció á Nodier que al contacto de aquel freseor vivificante, se reanimaba el Taratantaleo y movía una antena y después la otra, que daba vueltas á una de sus ruedas, que daba vueltas á las dos, que volvía á tomar su centro de gravedad, que se regularizaban sus movimientos, en una palabra que vivía.

El milagro de la resurrección vino en fin á realizarse, no al cabo de tres días, sino al cabo de un año.

Nodier repitió la prueba diez veces y secó la arena, y el Taratantaleo se murió; y humedeció la arena y resucitó el Taratantaleo.

No era un insecto lo que había descubierto Nodier, sino un ser inmortal. Es muy probable que su Taratantaleo hubiese visto el diluvio y debiera presenciar el juicio final.

Desgraciadamente, un día que Nodier, quizás por vigésima vez, se aprestaba á renovar su experimento, una manga de viento se llevó su arena seca, y con la arena, el cadáver del fenomenal Taratantaleo.

Nodier cogió después infinidad de puñados de arena mojada; pero todo fué inútil, porque no halló el equivalente de lo que había perdido: el Taratantaleo era el único de su especie, y perdido para los hombres, no vivía ya más que en la memoria de Nodier.

También es verdad que vivía allí de tal modo que jamás se perdería.

Hemos hablado de los defectos generales de Nodier; pero no del defecto suyo dominante, que según Mad.

Nodier, era la bibliomanía; este defecto, en el cual consistía la felicidad del marido, causaba la desesperación de su mujer.

Y era porque todo el dinero que Nodier ganaba, se empleaba en libros: ¡cuántas veces no había salido para buscar dos ó tres mil francos, absolutamente necesarios en su casa, y había vuelto con un libro raro, con un ejemplar único!

El dinero se había quedado en casa de Techner ó de Guillemot.

Mad. Nodier quería reñir; pero él sacaba el tomo del bolsillo, lo abría, lo cerraba, lo acariciaba y enseñaba á su mujer una errata, por la cual se probaba la autenticidad del libro.

Y esto, diciendo:

— Reflexiona que podré volver á hallar otros trescientos francos; pero otro libro como éste, ¡cáspita! otro libro como éste es imposible encontrarlo: pregúntaselo si no á Pixérecourt.

Pixérecourt era quien más admiración causaba á Nodier, que tenía gran pasión por los melodramas, y lo llamaba el Corneille de los boulevares.

Casi todos los días por la mañana iba Pixérecourt á visitar á Nodier.

La mañana estaba consagrada en casa de Nodier á las visitas de los bibliófilos. Allí era donde se reunían el marqués de Ganay, el de Château-Giron, el de Chalabre, el conde de Labédoyère, Berard, el que en sus momentos perdidos reformó la carta de 1830, el bibliófilo Jacob, et sabio Weiss de Besançon, Peignot de Dijon; en fin, los sabios extranjeros, que desde que llegaban á Paris hacían que los presentasen, ó se presentaban por sí solos en aquel cenáculo cuya reputación era europea.

Allí todos consultaban con Nodier, que era el oráculo de la reunión; allí se le enseñaban libros; allí se le

pedían observaciones: esta era su distracción favorita. Los sabios del Instituto apenas iban á aquellas reuniones, porque lo miraban con ojos de celoso. Él reunía el talento y la poesía con la erudición, y esta era una falta que no perdona jamás ni la Academia de ciencias ni la Academia francesa.

Además, Nodier satirizaba con frecuencia y aun mordía algunas veces. Cuando escribió *El Rey de Bohemia y sus siete castillos*, se creyó que Nodier había reñido absolutamente para siempre con el Instituto; ; pero nada de eso! la Academia de Tombouctou abrió á Nodier las puertas de la Academia francesa.

Siempre se guardan entre sí las hermanas algunas consideraciones.

Después de trabajar dos ó tres horas con bastante facilidad, después de llenar diez ó doce páginas de un papel de seis pulgadas de largo y cuatro de ancho, poco más ó menos, con una letra clara, regular, y sin tachar ni una sola palabra, Nodier se iba á la calle.

Una vez en la calle echaba á andar á la ventura; pero tomando casi siempre el camino de los muelles, pasaba y volvía á pasar por la orilla del río, según la posición topográfica de las tiendas al aire libre, después entraba en las librerías y después en las tiendas de los encuadernadores.

Nodier no sólo entendía de libros, sino también de encuadernaciones. Las obras maestras de Gaseon en tiempo de Luis XIII, de Deseuil en tiempo de Luis XIV, de Padeloup en tiempo de Luis XV, y de Derome en tiempo de Luis XV y de Luis XVI le eran tan familiares, que las conocía á ojos cerrados y solamente al tacto. Carlos Nodier era quien había resucitado el arte de la encuadernación que había dejado de serlo durante la revolución y el imperio; él fué quien animó y dirigió á los restauradores de este arte, á los Thouvenin, Bradel,

Niedée, Bozzonet y Legrand. Thouvenin, enfermo del pecho y moribundo, se levantaba de su cama para echar su última ojeada sobre los libros que estaba encuadernando para Nodier.

El paseo de Nodier acababa casi siempre en casa de Crozet ó de Techner, esos dos cuñados desunidos por la rivalidad, y entre los que se interponía su plácido genio. Allí había reunión de bibliófilos; allí se juntaban para hablar de libros, ediciones y ventas; allí se hacían cambios; y luego desde que aparecía Nodier empezaban los gritos, y desde que abría la boca había un silencio absoluto. Entonces Nodier contaba y vertía paradojas, *de omni re scibili et quibusdam aliis*.

Por la noche, después de haber comido su familia, se ponía á trabajar generalmente en el comedor, entre tres bujías colocadas en forma de triángulo; nunca una más ni una menos: ya hemos dicho en qué papel y en qué letra; ahora decimos, además, que escribía siempre con pluma de ganso: Nodier tenía horror á las plumas de hierro, como lo tenía en general á todos los inventos modernos: el gas le enfurecía, el vapor le exasperaba, y veía el fin del mundo próximo é infalible en la destrucción de los bosques y en el agotamiento de las minas de carbón de piedra. Cuando Nodier se enfurecía contra los progresos de la civilización moderna, era cuando estaba más brillante de verbosidad y tenía más atractivo.

Á cosa de las nueve y media de la noche volvía á salir, pero no ya para seguir la dirección de los muelles, sino para tomar el camino de los boulevares: entraba en el teatro de la Puerta de San Martín, en el del Ambigú, y en el de los Funámbulos especialmente. Nodier fué quien divinizó á Deburau; para Nodier no había más que tres actores en el mundo: Deburau, Potier y Talma: Potier y Talma habían muerto; pero vivía Deburau, y consolaba á Nodier de la muerte de los otros dos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1625 MONTERREY, MEXICO

Nodier había visto representar mil veces *El Buey rabioso*.

Los domingos almorzaba en casa de Pixérecourt. Allí encontraba á las personas que más frecuentemente le visitaban : el bibliófilo Jacob, rey de la reunión cuando Nodier no se hallaba presente ; virrey cuando aparecía Nodier ; el marqués de Ganay y el marqués de Chalabre.

El marqués de Ganay, carácter variable, aficionado caprichoso, enamorado de un libro como un galán del tiempo de la regencia se enamoraba de una mujer, por tenerla : después cuando tenía el libro, le era fiel durante un mes ; pero no he' dicho bien, no era fiel, sino entusiasta : le llevaba consigo, paraba á los amigos en la calle para enseñárselo, se lo ponía debajo de la almohada al acostarse, se despertaba por la noche y encendía una luz para mirarlo, y nunca lo leía ; andaba siempre celoso de los libros que Pixérecourt no quería venderle á ningún precio, y se vengaba de su negativa comprando en la tienda de Mad. de Castellane un manuscrito autógrafa que Pixérecourt andaba buscando hacia ya diez años.

— No le hace, decía Pixérecourt enfureciéndose ; ya llegará á mi poder.

— ¿ Cuándo ? preguntaba el marqués de Ganay.

— ¡ Pardiez ! cuando os muráis.

Y Pixérecourt hubiera cumplido su palabra, si el marqués de Ganay no hubiera creído que era mejor sobrevivirle.

Por lo que hace al marqués de Chalabre, éste no ambicionaba más que una cosa, y era una Biblia que nadie tuviese, un ejemplar único ; pero lo ambicionaba con un ardor inexplicable.

Atormentó tanto á Nodier para que le indicase dónde podría hallarlo, que éste acabó por hacer todavía más que lo que deseaba el marqués, y fué hablarle de un ejemplar que no existía en ninguna parte.

Desde aquel momento el marqués se puso á buscar este ejemplar.

Jamás Cristóbal Colón puso tanto empeño ni encarnizamiento en descubrir la América : jamás Vasco de Gama puso más constancia y persistencia en hallar la India, que el marqués de Chalabre en perseguir el oculto paraje en que se hallaba su Biblia. Pero la América existía á los 70 grados de latitud Norte y 53 ó 54 de latitud Sur ; pero la India yacía verdaderamente más acá ó más allá del Ganges, la Biblia del marqués de Chalabre no se hallaba á ninguna latitud, ni yacía más acá ni más allá del Sena : de donde resultó que Vasco de Gama halló la India, que Cristóbal Colón halló la América, y que el marqués, por más investigaciones que hizo, no pudo hallar ni al Norte ni al Sur, ni en Oriente ni en Occidente, la Biblia que buscaba.

Mientras más imposible le era dar con la Biblia, más ardor empleaba el marqués en buscarla.

Había ofrecido por ella 500 francos ; había ofrecido 1,000 ; había ofrecido 2,000, 4,000, hasta 10,000. Todos los bibliógrafos andaban incansablemente arriba y abajo sin dar con ella. Escribieron á Alemania y á Inglaterra : ¡ nada ! Si no hubiera habido más indicación que la del marqués de Chalabre, no se hubieran tomado tanto trabajo y se hubieran contentado con responder : *Esa Biblia no existe*. Pero habiéndolo dicho Nodier, el asunto cambiaba de aspecto. Cuando Nodier había dicho : la Biblia existe, era cosa indudable que la Biblia existía. El papa podría equivocarse ; pero Nodier era infalible.

Las investigaciones duraron tres años. Todos los domingos, el marqués de Chalabre al almorzar con Nodier, en casa de Pixérecourt, le decía :

— Pero, ¿ y esa Biblia, querido Carlos ?

— ¿ Qué es lo que ocurre ?

— ¡ Que no se halla !

— *Quære et invenies*, respondía Nodier.

Y lleno de nuevo ardor el bibliómano, emprendía otra vez su tarea y siempre inútilmente.

Finalmente entregaron una Biblia al marqués de Chalabre.

No era la Biblia de que había hablado Nodier; pero sólo se diferenciaba en un año de fecha: no estaba impresa en Kehl, pero estaba impresa en Strasburgo, á una legua de distancia: no era único ejemplar; pero el único ejemplar que había, fuera de aquél, estaba en el Líbano, y no sólo en el Líbano, sino también en el archivo de un monasterio druso. El marqués de Chalabre llevó la Biblia á Nodier y le pidió su parecer.

— ¡Cáspita! respondió Nodier, viendo que el marqués se iba á volver loco si no tenía una Biblia; comprad esa, amigo mío, supuesto que es imposible dar con la otra.

El marqués de Chalabre compró la Biblia en la suma de dos mil francos, la hizo encuadernar de un modo espléndido y la metió en una cajita particular.

Al morirse el marqués, dejó su biblioteca á Madlle. Mars. Ésta, que nada tenía de bibliómana, encargó á Merlin que clasificase los libros del difunto y los pusiese en venta. Merlin, el hombre más honrado del mundo, entró un día en casa de Madlle. Mars con treinta ó cuarenta mil francos, en billetes de banco, en la mano.

Los había encontrado en una especie de cartera practicada en la magnífica pasta de aquella Biblia casi única.

— ¡Y por qué, pregunté yo á Nodier, por qué habéis dado ese chasco al pobre marqués de Chalabre, vos que sois tan poco amigo de dar chascos?

— Porque se estaba arruinando, amigo mío, y en los tres años que ha empleado en buscar la Biblia, no ha pensado en otra cosa. En esos tres años no ha gastado más que dos mil francos, y si no hubiera sido por la Biblia hubiera gastado cincuenta mil.

Ahora que ya hemos dicho lo que nuestro amadísimo Carlos hacía durante la semana y los domingos por la mañana, digamos lo que hacía los domingos desde las seis hasta las doce de la noche.

III

El Arsenal

¿Cómo había yo conocido á Nodier?

Como todo el mundo. Me había hecho un favor. En 1827, había acabado mi drama *Cristina de Suecia* y no conocía á nadie en el ministerio ni en el teatro: mi destino, lejos de ayudarme en mi solicitud, me servía de obstáculo para llegar al teatro de la Comedia francesa. Dos días hacía que había escrito el verso tan silbado y tan aplaudido, que dice:

Eh bien! j'en ai pitié, mon père, qu'on l'achève (1).

Debajo de este verso había puesto la palabra *fin*: lo único que me quedaba por hacer, era leer mi drama á los señores cómicos del rey, y esperar á que me lo admitiesen ó me lo rechazaran.

Desgraciadamente el gobierno de la Comedia francesa era en aquella época republicano, como el gobierno de Venecia; es decir, republicano aristocrático, y no todo el que quería llegar á los serenísimos señores del comité tenía posibilidad de hacerlo.

(1)

Que acaben de matarlo:

Sí: ¡lástima me inspira, padre mío!